

¿POR QUÉ LA
REPÚBLICA
PERDIÓ LA
GUERRA?

STANLEY G. PAYNE



En el contexto de una Europa convulsa donde las guerras y las revoluciones se suceden sin tregua, en 1936 estalla la Guerra Civil española, cuyo final coincide prácticamente con el inicio del conflicto más sangriento de la Historia universal: la Segunda Guerra Mundial. Stanley G. Payne desgana paso a paso el porqué de la guerra que dividió a España entonces y hasta muchos años después, así como las causas que llevaron a la derrota de los republicanos.

Para el autor, ya en 1931, coincidiendo con la proclamación de la Segunda República, se inicia en España un proceso revolucionario de izquierdas que, lejos de trabajar por la implantación de la democracia en un país que no la conocía, combate denodadamente por hacerse con el poder y rechazar frontalmente las expectativas de otras facciones ideológicas. Se instauró así una «democracia poco democrática» que lleva a afirmar a Payne que la revuelta militar del 18 de julio de 1936, aunque ilegal, no fue una rebelión contra la democracia porque esta, como tal, ya no existía en España.

INTRODUCCIÓN

LA ÉPOCA DE LOS CONFLICTOS INTERNOS EN EUROPA: 1905-1936

La primera mitad del siglo XX fue un tiempo de conflictos sin precedentes en Europa y en la mayor parte del mundo. De hecho, a las tres décadas que van de 1914 a 1945 se las llama en ocasiones «la época de las guerras mundiales», pero también constituyen un tiempo de intensas confrontaciones y conflictos internos en el seno de las sociedades europeas. Si se puede encontrar alguna explicación a esta carnicería, probablemente guarde alguna relación con el hecho de que esta época también fue un tiempo de transformaciones e innovaciones sin precedentes en el que convergieron las tensiones entre lo antiguo y lo nuevo. Las décadas que ocupan el período 1890-1930 constituyeron una suerte de «era axial» de la modernidad clásica, en la que hicieron su aparición por vez primera la mayoría de los inventos y aparatos característicos de nuestro mundo contemporáneo. Fue también un tiempo de cambios culturales sin precedentes, en el que salieron a la superficie todas las ideologías políticas revolucionarias del siglo XX. Estas coincidieron en el tiempo con modelos de relaciones internacionales y episodios militares que animaron, o al menos hicieron posible, un nivel de potencia bélica nunca visto hasta entonces: la intensificación del nacionalismo, la competitividad entre los distintos imperios, la rivalidad económica, las doctrinas radicales del «vitalismo» y

el activismo, la industrialización de nuevas formas de tecnología militar y una asombrosa expansión de los medios de comunicación y de los servicios de propaganda en general.

La convergencia de tantas nuevas ideas y acontecimientos resultó profundamente desestabilizadora, mucho más, en realidad, que cualquier otra secuencia de condiciones que jamás se hubiera dado en una época concreta de la historia humana. Todo ello contribuyó al nacimiento de una era de conflictos, y no solo guerras mundiales, sino también conflictos internos generalizados.

Una característica significativa de este período fue la profunda inestabilidad social, junto a la sensación de que se iban a producir cambios vertiginosos, para bien o para mal. Para muchos, todo esto iba acompañado de cierta esperanza en una drástica transformación que traería un alto nivel de vida y novedosas diversiones, o en una utopía absolutamente nueva. Para otros, los cambios políticos, sociales e internacionales de la época de la guerra mundial, seguidos al poco por una depresión económica sin precedentes, generaron una gran ansiedad, malos presagios y miedo.

El sentimiento de un gran cambio –político, cultural, o los dos a la vez– fue generalizado, y no solo porque concluyera una época, sino porque, en general, se estaba poniendo fin a la sociedad tradicional. Esto fue produciendo unas expectativas apocalípticas en algunas élites culturales y sociales, algo que tuvo lugar con una fuerza extraordinaria en Rusia antes de 1917, y después en Alemania. En los movimientos revolucionarios esto se tradujo en expectativas milenaristas. Finalmente, la convergencia de todas estas influencias, cuando se mezclaron con un nivel de conflictividad internacional desconocido hasta el momento, provocó una profunda desestabilización, exigencias de cambios radicales o mejoras y tal cantidad de levantamientos internos y generalizados que algunos historiadores han llegado a hablar de un «clima de guerra civil europea generalizada».

Desde la Revolución francesa el peligro de rebeliones internas, convulsiones o guerras civiles había estado latente en la mayor parte de Europa. En el siglo XIX, la preocupación se había centrado en tres tipos de conflictos diferentes: las divisiones entre liberales y tradicionalistas, las rebeliones y guerras de nacionalistas que pretendían la secesión o la unificación (en ocasiones de minorías que se oponían a esta última) y, más tarde, poco a poco, fue ganando relevancia la «cuestión social», que hacía referencia al creciente malestar de los trabajadores en las áreas industrializadas y de los campesinos pobres en los países más atrasados.

A lo largo de la mayor parte del siglo XIX, la guerra civil había sido un fenómeno propio de los países católicos del suroeste de Europa, como la lucha entre el liberalismo y el tradicionalismo en España, Portugal e Italia, o la conflictividad sociopolítica en el contexto más radical de Francia. El conflicto entre liberales y tradicionalistas dominó la década de los veinte y los treinta del siglo XIX y dio paso a una creciente aprensión frente al nacionalismo y a su posible mezcla con el liberalismo, mientras el anarquismo y el socialismo se convertían en graves preocupaciones a partir de los años setenta.

La época de enfrentamientos internos y revolucionarios del siglo XX comenzó en 1905, en la Europa periférica y en países no europeos, lo que refleja las contradicciones y los desafíos que la rápida modernización planteó a los países menos desarrollados. La revolución fallida de Rusia en 1905 fue seguida de la gran revuelta campesina de Rumania dos años después. En 1909, los militares griegos se rebelaron para instaurar un régimen más liberal, y al año siguiente una insurrección republicana derrocó la monarquía en Portugal. Fuera de Europa se produjo una revolución política en Irán (1906), y los jóvenes turcos nacionalistas se hicieron con el poder en Estambul (1908), mientras que los procesos revolucionarios que comenzaron en China y México poco

después se extendieron, se enquistaron y no se resolvieron durante muchísimos años.

El gran catalizador de los conflictos internos en Europa fue el cúmulo de consecuencias derivadas de la Primera Guerra Mundial. Durante la guerra, el Gobierno alemán desarrolló una estrategia atrevida y original para fomentar la subversión y la revolución en el interior de los países enemigos con el objetivo de derrocar el orden establecido en Rusia y socavar los imperios del Reino Unido y Francia. Así se consiguió excitar la llama de la *yihad* (guerra santa) contra el tirano imperialista en los territorios musulmanes del Reino Unido, Francia y Rusia, con sabotajes internos en la industria armamentística, junto a un intento fallido de guerra biológica en el interior de Estados Unidos, o incitando a la rebelión y enviando armas a Irlanda, financiando secretamente a pacifistas y socialistas para subvertir al Ejército en Francia, fomentando la guerra de clases y el terrorismo en Barcelona para socavar la producción bélica española, que trabajaba para la Entente, y animando la violenta revolución en Rusia. Solo en este último país la política subversiva tuvo resultados efectivos.

La Primera Guerra Mundial se diferenció de las guerras normales en que los dos bandos la entendieron como una guerra de ideales, y también por la insistencia en ambos lados en una victoria absoluta y total, un empeño bastante diferente al que había marcado los conflictos hasta aquel momento. La guerra duró tanto y fue tan destructiva –en sus efectos inmediatos y en sus consecuencias– que en buena parte de la Europa central y oriental se percibió como una especie de revolución. Puso fin a cuatro imperios en esas regiones, desató una revolución generalizada y una guerra civil en las tierras del imperio zarista y amenazó con generar calamidades parecidas en la mayor parte del continente. Los «daños colaterales» fueron enormes, especialmente en el Imperio otomano, donde las limpiezas étnicas

masivas de armenios se resolvieron aproximadamente con un millón de muertos.

Pero lo peor fue el hecho de que la «Gran Guerra», como fue conocida al principio, no acabó de resolver los problemas que la habían originado: solo tuvo el efecto de permitir una tregua de veinte años, hasta que se desató una guerra aún más destructiva que aquella. La crisis económica y social se cebó en los años inmediatos de la posguerra, y luego se tornó más aguda al empezar la década de 1930, al tiempo que el conflicto cultural de principios de siglo fomentaba doctrinas más radicales y segregacionistas, permitiendo que salieran a la luz las ideologías revolucionarias. Solo las democracias bien asentadas del norte y del noroeste pudieron evitar las peores consecuencias. La conflictividad interna, gravísima y sin precedentes, algunas veces resuelta en forma de guerra civil, continuaría dándose de manera intermitente hasta que se produjo cierta estabilización al final de la Segunda Guerra Mundial, exactamente cuando se cumplía la mitad del siglo.

LAS GUERRAS CIVILES REVOLUCIONARIAS EN LA ÉPOCA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Aunque entre 1905 y 1912 se produjeron distintas convulsiones políticas que sacudieron algunos países periféricos del mundo occidental, la guerra civil revolucionaria que estalló en Europa (a partir de 1917 y 1918) fue el resultado de las convulsiones derivadas de la Primera Guerra Mundial. La Rusia zarista no sufrió efectivamente una derrota militar en los primeros años de revueltas, pero se vio abocada a un gran desorden económico y social interno, precisamente a raíz del conflicto, y el resultado final fue una rebelión política generalizada contra el régimen zarista, en marzo de 1917, con el que comenzó el largo y complejo proceso co-

nocido como la «Revolución rusa». Después de que los bolcheviques de Lenin llevaran a cabo un exitoso golpe de Estado contra el Gobierno Provisional revolucionario, en noviembre de 1917, el escenario ruso estaba ya preparado para que estallara una verdadera guerra civil.

Sin embargo, la primera guerra civil generalizada de Europa en aquella época estalló en Finlandia, en enero de 1918, cuando los socialistas fineses lanzaron una insurrección revolucionaria contra el recién instaurado Gobierno parlamentario independiente de Finlandia, con la excusa de que este estaba fomentando la «lucha de clases». Aquella fue la primera de las tradicionales confrontaciones entre «rojos» y «blancos». Carl-Gustaf Mannerheim, el jefe militar «blanco» (que hasta entonces había sido general de división del ejército zarista), organizó las fuerzas contrarrevolucionarias de un Gobierno parlamentario elegido democráticamente y las condujo a la victoria tras una sangrienta guerra civil que duró tres meses. El conflicto finlandés se desarrolló de un modo violento y generalizado, y durante el mismo se produjeron las primeras ejecuciones de civiles a gran escala (por ambos bandos); la mayoría de las víctimas entre los rojos no perecieron en combate, sino que fueron prisioneros de guerra que fallecieron por malnutrición y enfermedades. A pesar de que las consecuencias políticas de aquella primera guerra civil revolucionaria se alargaron en el tiempo, en general quedaron superadas por el hecho de que el bando vencedor en Finlandia fue un régimen parlamentario democrático que poco después consiguió la integración política de la mayoría –si no todos– de los socialistas vencidos.

La gran guerra civil de Rusia solo adquirió dimensiones verdaderamente decisivas en la primavera de 1918, porque inicialmente los otros sectores políticos y sociales no contaban con una organización suficiente para hacer frente a los bolcheviques. Rusia empezó a sufrir un proceso paulatino de caos y de desintegración; al principio los seguidores de

Lenin solo controlaban las grandes ciudades, y tuvieron grandes dificultades a la hora de instaurar un nuevo sistema político. La guerra civil que se desató entonces duró al final tres años y se desarrolló a lo largo de distintas fases. La resistencia inicial quedó en manos de los grupos cosacos del sureste ruso, y también en manos de los liberales en algunas ciudades de la Rusia oriental. En el otoño de 1918, los sectores sociales más conservadores comenzaron a preparar la resistencia y a organizarse mejor desde el punto de vista militar. A lo largo del año siguiente pareció que los blancos podían vencer a los bolcheviques –que cambiaron su nombre y pasaron a llamarse comunistas–, pero estos resistieron denodadamente en las ciudades y pusieron en marcha un nuevo ejército de proporciones gigantescas: el «Ejército Rojo». Por otro lado, también consiguieron dividir y controlar a la mayor parte del campesinado rebelde. En 1920 prácticamente habían ganado la guerra; entonces lanzaron una invasión sobre Polonia con la idea de trasladar la revolución al corazón de Europa, pero fueron repelidos.

La guerra civil en Rusia fue el enfrentamiento más largo y más complejo de cuantos conflictos internos se dieron en la Europa de posguerra, debido sobre todo al enorme tamaño del imperio y a sus múltiples nacionalidades. En realidad se llegaron a producir pequeñas guerras civiles independientes entre los distintos grupos étnicos más desarrollados. Además, se desató una corriente de rebeldía entre la enorme población campesina de Rusia, la mayor parte de la cual era iletrada y carecía de cualquier interés o compromiso político. Los campesinos odiaban a ambos bandos en conflicto y lo único que deseaban era que los dejaran vivir en paz, ocupándose de las tierras de labranza que tenían en propiedad; en la última fase de la guerra el campesinado llegó a revolverse contra los victoriosos comunistas, que requisaban la producción campesina a punta de pistola. En esta fase final fueron necesarias campañas militares a gran escala del Ejército Rojo para aplastar las revueltas

campesinas más importantes. Cuando acabó la guerra, entre 1922 y 1923, los comunistas podían presumir de haberlo conquistado todo, excepto los territorios más occidentales del viejo imperio zarista, y reorganizaron el país como una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

En Alemania y en el Imperio austro-húngaro (las potencias derrotadas de la Primera Guerra Mundial), el antiguo régimen también sucumbió políticamente, y nuevas naciones independientes se abrieron camino en el seno del viejo imperio de Austria y Hungría. La derrota militar, la penuria económica y el resentimiento social no hicieron sino generar graves tensiones, de modo que los comunistas confiaban en que la revolución no tardaría en difundirse con rapidez por toda Europa central. Sin embargo, solo en la derrotada Hungría llegaron a colapsar verdaderamente todas las instituciones del Estado; en ese momento se hizo con el poder un partido compuesto por una alianza temporal de socialistas y comunistas, los cuales formalizaron un gobierno que tuvo una vida muy breve: un Gobierno conocido como el régimen de Béla Kun, por el nombre del ministro de Exteriores, dirigido conforme al ideario bolchevique derivado de la URSS.

En cualquier caso, el régimen revolucionario de Hungría no duró mucho más que la guerra civil de Finlandia. Los blancos húngaros intentaron organizar un cuerpo armado para contrarrestarlo, pero fueron incapaces de desatar una verdadera guerra civil, aunque sí llegó a producirse un violento conflicto interno. En realidad, el régimen de Béla Kun fue derrocado por la invasión del ejército rumano, el cual, con el apoyo tácito de las potencias occidentales, restauró el orden en Hungría, donde se instituyó un régimen conservador que gobernó el país durante el siguiente cuarto de siglo.

En Alemania, la situación política, social y económica continuó desarrollándose en términos conflictivos, como había ocurrido desde que concluyó la guerra y hasta el oto-

ño de 1923. Algunos historiadores alemanes se refieren al lustro de 1918 a 1923 como la época de «la guerra civil alemana». Esta afirmación, sin embargo, es un tanto exagerada, pues nunca se llegó a dar una situación de verdadera guerra civil. La contrarrevolución en Alemania, paradójicamente, fue obra de los socialdemócratas, la fuerza política más importante de la izquierda y la fuerza que lideró la primera fase de la República de Weimar: los socialistas moderados fueron quienes insistieron en conservar un sistema parlamentario democrático que respetara la propiedad privada. Sofocaron con decisión todos los intentos de sublevación promovidos por los obreros radicales, que pronto quedaron en manos de la dirección del Partido Comunista de Alemania (KPD). Aunque se convocaron distintas huelgas generales y se organizaron manifestaciones de carácter violento, y en ocasiones ciertas zonas quedaron en manos de los prorrevolucionarios, el Gobierno del nuevo régimen democrático, con el apoyo del Ejército y de las milicias derechistas, sofocaron todos los estallidos radicales con una violencia brutal. Por su parte, tampoco tuvieron éxito los dos golpes de mano de la derecha radical. Unos 5.000 izquierdistas pudieron haber sido asesinados; sin embargo, se trata de una cifra ínfima en comparación con las masacres de Rusia y Finlandia. En todo caso, los hechos demuestran que la República de Alemania, como la Tercera República francesa de 1871, nació como un régimen contrarrevolucionario.

En Italia, el Partido Socialista cayó en manos de los *massimalisti* («maximalistas») revolucionarios; allí también se habló de guerra civil entre 1919 y 1921. Los socialistas italianos, en cualquier caso, no eran leninistas y el Partido Comunista de Italia era un grupo pequeño y débil. La fuerza importante del país, novedosa y extremista, la constituía el nacionalismo revolucionario, representado por el Partito Nazionale Fascista (PNF). Los fascistas adoptaron las tácticas violentas de los bolcheviques, pero defendían una revo-

lución nacional italiana más que una revolución internacional obrera. En términos filosóficos, al menos, su doctrina respecto a la violencia era incluso más radical que la de los comunistas, y proclamaban una «revolución antropológica» para crear un «hombre nuevo», dominante y comprometido con el fascismo, un nuevo imperio y una Italia moderna y próspera. En 1925, su líder, Benito Mussolini, se convirtió en dictador de la nación, pero al principio el fascismo italiano no contó con demasiados imitadores en el resto de Europa.

Lenin aseguró que a la Primera Guerra Mundial le sucedería una «guerra civil internacional», pero fuera de Rusia los comunistas solo tuvieron un éxito pasajero en Hungría, de donde fueron desalojados casi de inmediato. Pero en lugar de entrar en una época de revolución internacional y de guerras civiles, tras la Primera Guerra Mundial la mayoría de las sociedades políticas europeas adoptaron actitudes decididamente contrarrevolucionarias, temerosas de un repentino resurgimiento de una gran crisis política impulsada desde el comunismo. Los beneficiarios de esta situación no fueron los revolucionarios, sino las fuerzas de la derecha, al menos hasta las últimas fases de la Segunda Guerra Mundial.

En 1919 la mayoría de los países europeos contaban con regímenes parlamentarios, excepto en Moscú. A principios de 1922, sin embargo, los sistemas parlamentarios comenzaron a hundirse, principalmente en las sociedades más débiles y menos desarrolladas del este y del sur de Europa. A lo largo de la década de los veinte surgieron sistemas autoritarios en Italia, Polonia, Portugal y Lituania. Más adelante, durante la crisis y la depresión de los años treinta, aumentaría el número de regímenes autoritarios, e incluso llegaron a superar la cifra de sistemas parlamentarios existentes.

El régimen parlamentario de nueva creación más importante de la época fue la República de Weimar, en Alemania.

Tras la guerra y los cinco años de crisis que sufrió el país, la república consiguió alcanzar cierta estabilidad y durante un breve período de tiempo disfrutó de alguna prosperidad, aunque la estructura política de partidos tendía cada vez más a la fragmentación, y cuando la depresión de 1930 generó una gran crisis social y un aumento insoportable del desempleo, se hizo imposible formar una mayoría política en el Parlamento. Tanto los nacionalsocialistas de Hitler como los comunistas crecieron enormemente y se convirtieron en movimientos de masas; una vez más los alemanes comenzaron a hablar de los peligros de una guerra civil, sobre todo cuando el KPD se erigió como la fuerza política comunista más importante fuera de la Unión Soviética. Desde 1930 a 1933 Alemania estuvo en manos de «Gobiernos presidencialistas» que gobernaban legalmente por decreto, pero en ningún caso pudo conseguirse una verdadera mayoría política para establecer un Gobierno parlamentario real. En estas condiciones, en enero de 1933 Adolf Hitler se erigió en canciller de Alemania, como representante de una coalición multipartidista, y utilizó inteligentemente una combinación de manipulaciones legales y amenazas violentas para convertir su Gobierno en una dictadura monopartidista en menos de seis meses. Aquello fue un desastre de primera magnitud, tanto para Alemania como para Europa en su conjunto, y tuvo un impacto mucho mayor que la formación del régimen de Mussolini una década antes. Poco a poco, casi toda Europa se encontró conviviendo con la amenaza de regímenes totalitarios y con el temor a un ataque comunista o fascista (o de ambos), incluso en países en los que dichas fuerzas políticas podían ser efectivamente muy débiles. Todo ello incrementó la conflictividad política interna hasta unos niveles desconocidos en los últimos tiempos, y estimuló las nuevas tendencias hacia la radicalización de la política y la escalada de la violencia. Solo los sistemas parlamentarios más antiguos y asentados, perte-

necientes a los países más prósperos del norte y el noroeste de Europa, pudieron resistir dicha tendencia.

En tanto que país neutral durante la Gran Guerra, España solo se había visto parcialmente afectada por las convulsiones de dicho conflicto, y el viejo régimen continuó ostentando el poder durante varios años más. Las tensiones económicas y la frustración política que generaba un sistema democrático puramente nominal había estimulado un movimiento que exigía reformas políticas, además de una huelga general promovida por los socialistas en 1917. Pero, de todos modos, el sistema español resistió la tormenta. El único movimiento político de masas que podría ostentar un carácter potencialmente revolucionario en la España de aquellos años era el anarcosindicalismo de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), y no el socialismo o el comunismo.

El descontento fue en aumento durante los años de posguerra, se llevaron a cabo huelgas generales radicales y la violencia aumentó considerablemente en las áreas industriales. A todo ello se unía un creciente malestar por las pérdidas y frustraciones que acarreó un intento frustrado de pacificar el Protectorado español del Norte de Marruecos, que conoció en los años veinte el movimiento insurgente más importante de todas las colonias de África y Asia. El sistema parlamentario parecía estancado y sometido a los designios y el control de los intereses establecidos, e incapaz de llevar a cabo las reformas imprescindibles.

Estos y otros factores animaron al capitán general de Barcelona, Miguel Primo de Rivera, a poner fin abruptamente a medio siglo de Gobiernos parlamentarios estables en España: impuso una dictadura política en septiembre de 1923 que fue aceptada de buen grado por la Corona y, al principio, también por parte de la opinión pública progresista. Primo de Rivera resolvió la crisis militar en Marruecos, reprimió la violencia socio-política sin contemplaciones (aunque no llegaron a producirse ejecuciones políticas) y

gobernó un país que conoció más de cinco años de notable prosperidad. Sin embargo, la dictadura más liviana de todas cuantas se dieron en el siglo XX no consiguió llevar a cabo ni la más mínima reforma política efectiva y, por tanto, no resolvió en ningún caso los problemas políticos de España a largo plazo ni planteó ninguna alternativa viable. Las consecuencias políticas de todo ello fueron muy negativas, pues se eliminaron los Gobiernos parlamentarios sin ofrecer ninguna alternativa viable a dicho sistema. En el este y en el centro de Europa, la guerra mundial y las derrotas militares habían abierto la puerta a las convulsiones políticas y a la posibilidad de estallidos revolucionarios. En la vida política de la España neutral, sin embargo, los drásticos cambios que iban a tener lugar fueron el resultado de las desastrosas consecuencias de una dictadura de siete años que dejó tras de sí únicamente un erial político.